

PROCESO BIOLÓGICO Y ESPIRITUAL DE LA ENCARNACIÓN

23 – 11 – 1.997

Tradicionalmente, la vida de los seres biológicos, entre ellos los seres humanos, se cuenta desde el nacimiento y los antecedentes no se consideran. Sin embargo, con el avance de la tecnología, ha sido posible que se conozca en su intimidad, la fecundación de las células germinales, la formación del embrión, y del feto. Se puede observar la vida desde sus comienzos, su expresión y las influencias del medio ambiente, incluido el uterino.

Actualmente, la ciencia médica y biológica aprecia la estimulación del neonato, la psicología de la gestante, la participación del padre y la comunicación con el feto, que se afirma que tiene una gran importancia para la vida extrauterina.

Por otra parte, el Espiritismo y otras filosofías espiritualistas remarcan la importancia de los antecedentes espirituales.

El ser espiritual procede de un plano de conciencia no encarnado, en un intervalo entre dos experiencias de vida o encarnaciones, donde no permanece estático, sino envuelto en un dinamismo preparatorio, en un ambiente de estímulo hacia la rectificación y el progreso.

Durante la preparación pre-encarnatoria se estructura un proyecto de vida, basado en las posibilidades del espíritu de acuerdo a su nivel de evolución; sus necesidades y pruebas para lograr el avance de sus facultades; la conveniencia de posponer ciertos retos para una mejor oportunidad, cuando se haya logrado mayor fortaleza; los encuentros con otros espíritus con quienes se mantenga alguna deuda anterior, y con quienes se regrese apoyado en la afinidad para beneficio de ambos. Se elige en fin, el más adecuado medio ambiente para desarrollar el proyecto propuesto.

En esta tarea de evaluación de resultados anteriores, en el análisis de la conciencia y la responsabilidad individual, el espíritu siempre es asistido por seres con mayor evolución que ayudan o deciden, si todavía el sentido crítico no está suficientemente desarrollado.

El espíritu tiene una predisposición natural acorde a su evolución, que lo puede conducir a una rápida encarnación por su apego a la materia y las sensaciones corporales; o a una encarnación distanciada entre vida y vida, cuando su condición más espiritualizada no requiera tan exigentemente, de la experiencia material para progresar.

De allí que su actitud pueda retardar o acelerar su encarnación, como también que lo invada un sentimiento de temor frente a la prueba que le espera, y retroceda por cobardía, y a veces por indiferencia.

No es infrecuente, que prevalezcan los sentimientos de angustia, ansiedad o temor, previos a la encarnación. Algunos han comparado el temor a la encarnación como el temor a la muerte.

Después de ese prolongado proceso de análisis, generalmente incluye la elección de la pareja por cuya unión se producirá la encarnación del nuevo ser. Frecuentemente se trata de espíritus con los que se tienen experiencias previas, armónicas o no, conflictivas o amistosas, pero siempre con historias compartidas que ameritan rectificaciones o simplemente continuar el camino de progreso basándose en la ayuda mutua.

Los espíritus con escasa evolución se dejan conducir y la preparación de las parejas espirituales es escasa; mientras que en condiciones de mayor elevación, es posible que se tengan en cuenta muchos detalles.

La encarnación no es automática en el momento de la unión de las células paternas. Al contrario, comienza un proceso lento y muy cuidadoso de acercamiento del espíritu encarnante hacia los espíritus de sus progenitores. Se produce una unión energética para atenuar los rechazos si los hubiera, con el fin de posibilitar el desarrollo gestacional; pero en caso de existir una perfecta comunión de deseos, la armonización energética producirá mejores condiciones biológicas para llegar al éxito.

Las células germinales de los padres, es decir, el óvulo materno y el espermatozoide paterno, tienen su propio tenor vibracional que los atrae y los armoniza.

Biológicamente se dice que llega al óvulo el espermatozoide más apto, pero sin embargo, la ciencia no ha podido determinar con certeza cuáles son las condiciones mejores, pues paradójicamente, en muchas ocasiones, el que llega no es el más vigoroso.

Por otra parte, estas células aportan millones de posibilidades genéticas, que combinadas entre sí determinarán las características del nuevo ser.

Hasta hace poco se consideraba que la herencia era ineludible y fatal. Lo que se recibía, aparentemente, en forma aleatoria, determinaba el futuro, por muy injusto que pareciera.

Sin embargo, con los avances de la genética se ha comprobado que se hereda la posibilidad de expresar la comunicación que ofrecen los genes, pero que no es obligada. De alguna manera, el ser encarnante, expresa quien es y como es, utilizando los elementos biológicos para mostrar su naturaleza y sus facultades; de allí que el cuerpo resultante será la imagen de su personalidad y de las condiciones adecuadas para su proyecto de vida.

Esto es posible gracias a las funciones del periespíritu, cuerpo sutil energético, archivo de las facultades espirituales que proyecta sobre la materia el molde o patrón del nuevo ser.

Producida la concepción o fecundación del óvulo por el espermatozoide, el espíritu, que en etapas anteriores estuvo buscando armonizarse con los progenitores, comienza su unión energética con el huevo con el fin de comenzar su transformación.

El óvulo fecundado es aún una célula independiente, comienza la multiplicación de las células y simultáneamente, el viaje de 3 días hasta el útero donde encontrará los tejidos apropiados para anidar y desarrollarse. Este proceso es fundamental, porque si no lo logra, será expulsado, sin la posibilidad de continuar con el proyecto.

El espíritu entra en una turbación cada vez más intensa, necesaria para cumplir a cabalidad con el proceso de desarrollo embrionario; el olvido es cada vez más profundo, con el fin de empezar una nueva vida, aislada, por el momento de su realidad general, aunque un eslabón de su vida espiritual.

Si todo es armónico, se producen cambios biológicos que permiten que el racimo de células encuentre un nido propicio, donde se forma la bolsa protectora llena de líquido que lo contendrá los próximos meses, y el tejido esponjoso y lleno de sangre nutritiva, que le llegará a través de un cordón, por el mismo que descargará los tóxicos formados en su propia fisiología.

Es esta condición de completa dependencia del organismo materno, comenzará la formación de cada uno de los tejidos, órganos y sistemas que constituirán su organismo, reproduciendo los estadios evolutivos de las

especies, hasta alcanzar la fisonomía de un feto a término que muestra las características típicas que despiertan la ternura y el deseo de protección.

Los tres primeros meses son fundamentales para un desarrollo armónico del organismo. Son múltiples los factores que lo perturban, algunos de orden genético y tal vez por los defectos del encarnante, otros por causa del medio ambiente, como enfermedades, traumas o drogas, en ocasiones, por responsabilidad materna o de los seres llamados a proteger la gestación.

Terminado el desarrollo de los órganos, sobre todo el sistema nervioso central, hacia el final de los tres meses, sobreviene un crecimiento acelerado, comienzan las funciones, aparece el tejido adiposo protector y a las 28 semanas es posible que viva fuera del útero materno, aunque necesitará cuidados extremos especiales.

Comúnmente, se acomoda cabeza abajo, y todo se prepara para que sea expulsado a través del canal del parto, aproximadamente a las 36-40 semanas de haberse iniciado el proceso, cuando ha alcanzado la madurez.

El nacimiento se produce por un juego complejo de sustancias, que se descargan en el organismo materno y en el fetal, y que estimulan los mecanismos perfectamente articulados para el alumbramiento.

El bebé ha nacido, sus características fisonómicas son el resultado de la herencia biológica acorde con su personalidad y sus necesidades, bajo la ley de causa y efecto. Sobre él continúan las influencias de su espíritu guía, de los espíritus protectores de la encarnación y de los espíritus afines que lo aman y desean asistirlo en su proyecto.

En el nacimiento, el espíritu está unido al cuerpo molécula a molécula mediante su periespíritu que funge de intermediario entre la materia densa y la esencia fluidica del núcleo de pensamiento.

León Denis afirmaba: "El periespíritu es el armazón invisible que sostiene interiormente a la estatua humana".

Desde el nacimiento hasta los 7 años de edad el espíritu aprende a utilizar su herramienta de expresión para su desenvolvimiento. Lentamente, comienza a manifestar en el organismo sus cualidades y sus tendencias, gracias a la memoria oculta, pues su conciencia está adormecida.

En esa etapa tan delicada sigue asistido por su espíritu guía y los encargados de dirigir la encarnación; pero también por los espíritus paternos, que tienen la responsabilidad de cuidarlo física y psíquicamente, basados en el compromiso, también olvidado conscientemente, pero vigente en el subconsciente, por el cual deben apoyar al espíritu encarnante, para que logre su objetivo de vida haciendo uso de su libre albedrío.

Con amor deberán procurar la modificación de sus tendencias negativas, buscando siempre la convicción de cambio, y no la imposición que no es fructífera. Con una labor persistente, paciente y amorosa, lograrán que el espíritu que lucha encuentre el perfeccionamiento.

Al llegar a la adolescencia, se manifiesta plenamente la personalidad, y el espíritu se expresa tal cual es.

Los padres, es esa época, tienen tal vez el mayor reto, para encaminarlo hacia derroteros fértiles.